

***Housing is a verb**: la nueva arquitectura latinoamericana**

Elena PEÑALTA CATALÁN
elenapenalta@gmail.com



Título: *Ciudades radicales. Un viaje a la nueva arquitectura latinoamericana*

Autor: Justin McGuirk

Editorial: Turner

Año: 2015

Número de páginas: 286

Ciudades radicales es un recorrido por los lugares de Latinoamérica donde se están llevando a cabo proyectos realmente interesantes por parte de arquitectos, políticos y por iniciativa de los propios ciudadanos. En este viaje, el autor, Justin McGuirk, escritor, crítico y comisario de arte, se adentra en lugares clave para entender el desarrollo de la nueva arquitectura latinoamericana; habla de acciones, redes, conexiones, no de formas pasivas de arquitectura tradicional, y lo hace en un tono didáctico y objetivo. Se trata, en este libro, de la elección de la autonomía, de la autodeterminación en lo que se refiere a los asuntos propios, sin dejarlos en manos del gobierno correspondiente. Trata también de la transformación –de la que se viene hablando en los últimos tiempos– de la figura del arquitecto estrella, como único responsable del proyecto, en arquitecto-activista.

Probablemente, el gran reto para la arquitectura del siglo XXI sea trabajar con lo que se tiene a mano, sin disponer de grandes presupuestos y sin esperar la intervención de los gobiernos. En Europa están surgiendo algunos colectivos cuyo método de trabajo consiste en la colaboración, el reciclaje y el diálogo, pero es en Latinoamérica donde caben soluciones más radicales y donde existe un campo de investigación más amplio. Mientras en Europa hay quien advierte del peligro de que este tipo de iniciativas sirva de coartada a los gobiernos para eludir sus responsabilidades, en Latinoamérica

* [La vivienda es un verbo]. Frase de John Turner a propósito de la necesaria autonomía de quienes viven en barriadas: diferencia entre "la chabola servicial" y "la casa opresiva" (77).

resulta necesario llevar a cabo estrategias al margen de los gobiernos; por lo que este sistema puede tener, en estos momentos, lecciones útiles que impartir. Habrá que esperar para ver si estas corrientes –de momento marginales– pueden llegar a definir las ciudades trascendiendo su carácter local.

Con gran acierto, en el prólogo de *Ciudades radicales* se menciona a Charles Jencks, teórico de la arquitectura que sitúa en la demolición de Pruitt-Igoe, en 1972, el fin del Movimiento Moderno. Pruitt-Igoe fue una operación urbanística de los años cincuenta que se llevó a cabo en San Luis, Misuri, para solucionar el problema habitacional de una zona deprimida (figura 1). Poco tiempo después de su construcción, las condiciones de vida de sus habitantes empeoraron substancialmente. Así que, menos de veinte años después de su construcción, fue derruido. Esto propició un debate sobre la política de vivienda pública. El material grabado en la demolición fue incluido en la película *Koyaanisqatsi*, de Godfrey Reggio, acompañado con música de Philip Glass creada *ex profeso* para este filme, y quedó como un símbolo del desacierto de la época en materia de vivienda pública.



Figura 1. Conjunto de viviendas Pruitt-Igoe.

Aunque las viviendas sociales en Europa y Norteamérica se han enfrentado a los mismos problemas y críticas, en Latinoamérica este hecho no tuvo el mismo impacto y se siguieron llevando a cabo –a menudo por iniciativa de dictaduras militares, para compensar los apoyos recibidos– ambiciosos proyectos de vivienda social.

De hecho, yo diría, que fue un acontecimiento distinto, anterior, el que marcó el final de la vivienda social como ideal, y con él el fin del reinado del arquitecto como la fuerza más poderosa en la construcción de las ciudades.

En 1968 el presidente de Perú, Fernando Belaúnde Terry, inició, con el apoyo de la ONU, un proyecto cuyo objetivo era resolver el problema creciente de las barriadas de Lima. El PREVI (Proyecto Experimental de Vivienda) era una propuesta diferente, que optaba

no por la artillería pesada del megabloque, sino por un plan más inteligente de casas individuales que los propios habitantes podían ampliar a medida que sus familias crecían. [...] La idea había surgido de la investigación de un arquitecto inglés, John Turner, que había estudiado las barriadas y estaba presentando un argumentario convincente para no verlas como barrios pobres que había que erradicar, sino como soluciones creativas y eficientes para las necesidades de los pobres. (21)

Lo que Turner proponía, que los pobres construyeran sus propias casas, despertó mucha polémica. Los promotores del plan PREVI optaron por una solución híbrida en la que el gobierno proporcionaría una arquitectura diseñada específicamente para que pudiera ser ampliada por sus residentes. Se implicó aquí el *dream team* de la vanguardia arquitectónica por primera y última vez. El proyecto solo se desarrolló parcialmente y, más tarde, fue descartado. A partir de entonces, las prioridades de las ciudades latinoamericanas fueron otras. La política que prevaleció desde los años sesenta fue la de la supresión del chabolismo. Decía Turner entonces que "ningún gobierno, por rico que sea, como demuestra el proyecto venezolano de superbloques, es capaz de financiar más que una pequeña proporción de la demanda total de vivienda" (22). Según esta política, las chabolas no eran el problema, sino la solución.

Nos encontramos, por una parte, con que la nueva arquitectura aborda una cuestión pragmática, más que ética, con soluciones que se pueden llevar a cabo con una pequeña inversión; y, por otra, con el fin del arquitecto estrella: nunca antes ha habido tantos proyectistas, por lo que han perdido su cualidad de clase privilegiada y deben buscar otras oportunidades de trabajo en lugares y con clientes alejados también del privilegio.

Uno de los primeros ejemplos que encontramos en el libro es un atractivo conjunto de viviendas sociales en el norte de Chile, obra del arquitecto Alejandro Aravena, recientemente premiado con el Pritzker.

Un proyecto de viviendas en el extremo norte de Chile diseñado por Alejandro Aravena y su estudio, Elemental. Eran viviendas sociales, construidas para una comunidad pobre con un presupuesto de lo más ajustado. Lo que resultaba ingenioso era que parecía reescribir la ecuación de la vivienda social, proporcionando a cada familia sólo media casa, y dejándoles construir la otra media según sus medios, dentro de un marco estructural definido. Era inteligente, tenía capacidad de adaptación y permitía (igual que antes el PREVI) que la gente participara en el resultado. (29)

A pesar de no ser un experimento de los más extremos que encontramos en el libro, no se salva de las críticas. Aunque las casas tienen una cierta capacidad de adaptación, que la estructura esté bien definida impide que crezcan todo lo que alguno de sus usuarios querría. Al autor de este proyecto no le interesa repetir la experiencia en otros lugares con mayor presupuesto: "cuando tienes todo ese dinero la calidad sale en forma de lenguaje arquitectónico. Eso a mí no me interesa" (102). Aunque puede que Chile ya sea, de hecho, demasiado próspero para el sistema de Aravena.

La silla Chairless, creada para Vitra, ilustra bien las ideas desarrolladas en su estudio: utilización de estrategias y materiales locales, economía de medios e ingenio. La idea de Chairless es tomada del *pamoi* de los indios Ayoreo de Paraguay.



Figura 2. Silla Chairless y *pamoi*.

En el extremo de Argentina encuentra el autor del libro un ejemplo de construcción de comunidades de abajo a arriba que no son ni mucho menos barrios de chabolas y que, además, cuentan con el reconocimiento del gobierno. "Esta organización por sí sola está construyendo más casas que toda la industria inmobiliaria de la región; comunidades enteras en torno a piscinas gigantes" (59). Se trata de Túpac Amaru. Su fundadora, Milagro Sala, es conocida por liderar acciones directas de movilización y organización de los más de 70.000 miembros que forman el colectivo. Ella consiguió acceder a los fondos disponibles para causas sociales, liberados tras el alivio de la crisis Argentina, y diseñó un sistema que ahora financia las causas sociales de la organización. Las familias necesitadas forman equipos de trabajo cuyo objetivo es construir sus propias casas. Además, se emplea el propio proyecto de construcción de viviendas para generar empleo.

En San Salvador, las calles están bordeadas de jacaranda en flor. Me fijo en que "Túpac Amaru" está pintado con spray en varios muros. Con el mismo spray, alguien ha tachado la palabra puto y la ha sustituido con la frase igualdad para todos. Al detenerse delante de la

sede de Túpac Amaru, el conductor me dice "Tenga cuidado con esta gente. Son peligrosos". (61)

En paralelo a la puesta en práctica de proyectos arquitectónicos y urbanos de abajo a arriba y de arriba a abajo, Justin McGuirk nos muestra soluciones ingeniosas adoptadas desde la política. Así, nos presenta a Antana Mockus, alcalde de Bogotá durante dos legislaturas:

Mockus se dispuso a intentar inculcar una nueva cultura cívica. Redujo los accidentes de circulación contratando cientos de mimos para dirigir el tráfico, y repartiendo entre la población tarjetas rojas como las del fútbol para que pudieran avergonzarse a sus conciudadanos cuando condujeran de manera egoísta o peligrosa. [...] Disfrazado de Superciudadano, con capa roja, sus métodos eran más deudores de la *performance* que de la política convencional. (31)

En Medellín, el alcalde Sergio Fajardo, junto con otros líderes ciudadanos, consiguió reducir la violencia que los cárteles de droga enfrentados entre sí habían generado en su ciudad. La transformación de Medellín fue el resultado de un activismo de "arriba abajo".

Lo singular de estos políticos es que redefinen el papel de las administraciones públicas, yendo más allá de temas de legislación o tejido urbano; se encargan de concienciar a los ciudadanos de los problemas de la ciudad y de hacerles participar en los procesos. Pueden sentirse así orgullosos de los resultados.

Las soluciones oficiales, de tradición moderna, fallan por un exceso de confianza al tener de su lado el apoyo político, la historia y la tecnología. Descuidan, sin embargo, los objetivos sociales y no admiten modificaciones.

No es casualidad que, en el último año, dos prestigiosos premios hayan reconocido la labor de la arquitectura social llevada a cabo por el colectivo Assemble, ganador del premio Turner, o por el arquitecto Alejandro Aravena, ganador del Pritzker. La clave de la nueva arquitectura es decidir si quiere, y en qué orden y proporción, una solución social, cultural o hacer negocio. Los arquitectos activistas no están tan seguros de sí mismos. Nada es predecible. Intentarán las cosas más estrafalarias antes impensables. Algunos de los ejemplos que aparecen en el libro sirven ya de escenario a películas y series. En la aplaudida serie de televisión *Homeland* vemos como telón de fondo y protagonista de algunos capítulos de la segunda temporada la Torre de David, "la casa okupada más alta del mundo" (179).

¿Construirle a alguien media casa? ¿Construir en Caracas una red de teleféricos que no desentonaría en los Alpes suizos? ¿Construir

piscinas y parques temáticos para los pobres? ¿Utilizar los espacios públicos para rehabilitar la capital mundial del asesinato? ¿Conducir a los políticos por la frontera entre Estados Unidos y México metidos en una cañería? ¡Ridículo! Pero eficaz. (42)